

nada resistencia de los independientes y el indomable valor que desplagaron en diferentes combates con los realistas, sorprendieron y exasperaron a Morillo. Todo punto importante se le disputaba con una tenacidad, que habría hecho honor a las legiones más veteranas, y la flotilla independiente cumplió su deber con la más loable actividad, manteniendo a raya las cañoneras, y rechazándolas en algunos encuentros; y si al fin lograron los realistas forzar el paso del Estero y establecerse allí, fue a costa de grandes pérdidas. A la espalda del Ejército sitiador, en el interior de la Provincia y en el Magdalena, fueron más afortunados y más rápidos sus movimientos.

En noviembre la situación tocaba al extremo de la miseria: todos los víveres se habían agotado; la carne de caballo y de mula, de asnos, perros, gatos y ratas, desde hacia algún tiempo había sido el único alimento, y aun éste se distribuía con tanta parsimonia, que el hambre de aquellos desgraciados, forzados por la necesidad a conservar la vida con tan repugnante y mal sano alimento, apenas lograba aplacarse.

No ignoraba Morillo el estado de la ciudad, ni ahorraba medio alguno de empeorarlo, y con este fin dispuso el ataque de Tierrabomba, cuya posesión privaría a los sitiados de la pesca, único recurso que les quedaba. Para asegurar el suceso ordenó otro ataque simultáneo contra La Popa. Dos españoles, que habían desertado de dicho puesto el 9 de noviembre, le habían dado informes acerca de esta posición y del modo de llegar a ella, asegurándole que los soldados estaban tan extenuados con las vigiliass y el hambre, que no les sería posible resistir. Uno de los desertores había medido exactamente los fosos y parapetos, lo que facilitaba la

construcción de las escalas del tamaño requerido para el asalto. Todo estaba listo para la noche del 10 de noviembre; emprendióse el ataque a favor de la obscuridad, por una columna apoyada por un cuerpo de caballería a las órdenes del Teniente Coronel Villavicencio. El Capitán Maortúa que la mandaba, trepó bizarramente la colina y llegó hasta la meseta de la cumbre, sin ser sentido, y estaba ya a doscientos pasos del foso, cuando le dio el quién vive un piquete que salía de ronda en aquel momento. Cambiáronse algunos tiros que alertaron al Teniente Coronel Carlos Soubllette, (1) que al instante puso su gente sobre las armas y se apercibió a la pelea. A pesar de haber fracasado la sorpresa, atacaron los

(1) El general Carlos Soubllette nació en Caracas a fines del siglo XIX. Unido unas veces a Miranda y otras a Bolívar, fue, desde los primeros días de la lucha por la independencia, de los hombres de mérito indiscutible, y de él dijo el Libertador que tenía capacidad, discreción y finura. El desastre de la Puerta le hizo marchar a Barcelona con mando superior en la división Palacios, y luego la derrota de Aragua lo llevó a Margarita, de donde pasó a Cartagena. Emigró de esta ciudad junto con los demás jefes y oficiales de la plaza, el 5 de diciembre, desembarcó en los Cayos, y se enroló con los expedicionarios que iban sobre Ocumare. Son numerosas las batallas en que tomó activa participación: Onoto, Chaguaramas, Alacrán, Juncal, etc., con Mac Gregor. Estuvo con Bolívar en la acción de Unare (8 de enero de 1817). Hizo parte de la Junta de Angostura, que organizó el gobierno de la República. Decidida la campaña sobre Nueva Granada, en mayo de 1819, combatió en Calabozo, Oriosa, Sombrero y otras más. De los héroes de Vargas y Boyacá, cúpole la honra de dar el parte de esta victoria. Unido a Páez y a Bermúdez, toma a Caracas en mayo de 1821. Fue vicepresidente de Venezuela, luego Jefe civil y militar de la misma, Intendente del Magdalena en 1826, y en el mismo año Secretario de guerra y marina en Bogotá. Ocupó en Venezuela la silla de los presidentes (1837-1838), y después de haber aceptado otros cargos de difícil desempeño, bajó al sepulcro el 11 de febrero de 1870.

realistas con denuedo, y dos de ellos, conocedores de la localidad perecieron al saltar el foso, tropezando contra un puente construido en la mañana de ese día. Maortúa murió también y el resto de la columna se retiró precipitadamente, dejando en el campo la tercera parte de su gente, entre muertos y heridos además de algunos fusiles y las escalas. (1)

(1) En esta función de armas, a la que hemos dedicado un romance que se leerá más adelante, tomaron parte, entre otros, Stuard y Piñango.

Santiago Stuard era irlandés y no bonaerense, como aseguró don Pablo Morillo a don Francisco de Montalvo en una lista de reos políticos que se encontraban en Cartagena. "Fue hecho prisionero—dice Morillo—el 7 de diciembre de 1815 en las inmediaciones de Bocachica, y apresado el buque en donde iba: este individuo es natural de Buenosaires, sin embargo que dice *ser irlandés*; fue conducido a España por revolucionario; y protegido allí por algunos malos se fugó otra vez a estos países, en donde ha seguido con mucho entusiasmo en la clase de Teniente Coronel, mandando como segundo el cerro de la Popa. Decidida la evacuación de la plaza de Cartagena, tocó a Stuard embarcarse en un faluchito mercante nombrado *Emboseada*. Una bala de cañón rompió la driza de la entena del faluchito, accidente que le hizo retardar y quedarse atrás de la línea de buques emigrantes." Tres bongos de las fuerzas realistas, armados en guerra, se dirigían a abordarlo; pero la goleta *Constitución*, que los observaba, hizo frente a las tres embarcaciones referidas, y en el primer tiro que les hace, echa uno a pique y se reúne luego con el falucho a su posición. A la madrugada del 7 de diciembre todos los buques se hallaban fuera del puerto, después de abrirse paso por entre los buques españoles de alto bordo que se hallaban anclados como para impedir la salida de los independientes. El faluchito en que iba Stuard, por estar casi a pique, se ocultó en las islas del Rosario, situadas al frente y a poca distancia de Bocachica, y allí fue apresado y conducido a Cartagena, con todas las personas que se hallaban a bordo. Las autoridades expedicionarias que ya ocupaban la plaza, no podían mirar con indiferencia ni perdonar a Stuard su amor y decisión por la independencia y libertad."

El ataque contra los buques independientes estacionados en la bahía no tuvieron mejor resultado. En la mañana del 12 fueron otra vez rechazados los realistas y compelidos a ampararse al abrigo de la infantería del Coronel Morales, pero sufrieron hasta el anochecer un fuerte cañoneo. El día siguiente se retiró la flotilla independiente y se apoderó Morales de Tierrabomba, que fortificó, quedando así de hecho cortadas las comunicaciones entre la ciudad y los castillos de Bocachica, a la entrada de la bahía, y los habitantes privados de precaria subsistencia que derivaban de la pesca. Alentados con el favorable resultado de esta operación, que hizo a Morales dueño de la bahía, quisieron probar fortuna atacando los castillos de Bocachica, pero salieron maltrechos. Los bizarros defensores de Cartagena, cuyo valor

El general Judas Tadeo Piñango era natural de Caracas. Decidido partidario de la causa de la independencia, llegó a Cartagena, en unión de Bolívar, el 26 de noviembre de 1812. Hizo la campaña del Magdalena, combatió en Tenerife, Mompos, Guamal, Banco, Ocaña, Santamarta y Cúcuta. Regresó a Venezuela, y después de los triunfos de Taguanes y Mirador, entró a Caracas, abandonada por el Gobernador Fierro (6 de agosto de 1813). Luchó en Bárbula, Trincheras, Barquisimeto, Vijirima, Araure y la Victoria. Unido a Urdaneta, fue derrotado en Mucuchíes. Tomó a Bogotá con el Libertador, y de esta capital se dirigió a Cartagena, donde combatió en la cima de la Popa, en la madrugada del 11 de noviembre de 1811. A él se atribuye una célebre frase, en respuesta a otra de Maortúa, quien al escalar la cima de la histórica colina, en el fragor de la lucha, gritó: "¡VIVA EL REY!" El caraqueño replicó: "¡NO, ESTANDO PIÑANGO VIVO!" Maortúa pereció en el combate, que duró tres cuartos de hora. Piñango emigró de la ciudad Heroica cuando Morillo la sometió por hambre; volvió a Venezuela y venció en inúmeros combates más. En 1848, en Caracas, salió a contener un motín; mas el pueblo desbordado olvidó las glorias del guerrero, y ciego de ira y de venganza, lo asesinó cobardemente.

magnánimo y heroica constancia eran dignos de mejor suerte, se vieron reducidos a la desesperación.

El ganado, los granos y otros comestibles se habían consumido, lo mismo que los cueros y hasta las más asquerosas sabandijas; ningún esfuerzo se omitía para conservar tan miserable existencia. El Gobierno, de acuerdo con los habitantes, había vanamente impetrado la protección del Duque de Manchester, Gobernador de Jamaica, ofreciendo reconocer la soberanía de S. M. B., tanta era su desesperación, pero no estaba en las facultades del Duque aceptar el ofrecimiento. Una sola esperanza quedaba: apelar a la generosidad del sitiador; pero aun rodeados como estaban, de los peligros más terribles, padeciendo hambre y enfermedades, los defensores de Cartagena veían a sus esposas y sus hijos morir a su lado, y sin embargo prefirieron el peor fin antes de rendirse al General español. Si hubo quien concibiese semejante idea, no hubo quien se atreviese a proponerla.

A fines de noviembre el gobierno excitó a la población inútil a abandonar la ciudad. Algunos centenares de mujeres y niños, acosados por el hambre y la desesperación, salieron de aquellos muros queridos en busca de refugio y de alimento; pero la mayor parte, sin aliento para soportar un día de marcha, perecieron a la vera del camino o en los bosques circunvecinos. Los primeros días de diciembre fueron horribles sobre toda exageración; la guarnición no era sino una sombra; los centinelas caían muertos en sus puestos y los oficiales ya no podían cumplir con el servicio; de cuando en cuando aparecía en el horizonte alguna vela, sólo para burlar las esperanzas de auxilio. Por último, el gobierno en unión de los oficiales de la guarnición resolvieron evacuar la plaza. Era ya tiempo; unos

días más y no habría habido necesidad de tal resolución.

El Ejército sitiador, aunque abastecido abundantemente de provisiones y sostenido por la cooperación de los habitantes de la Provincia, estaba sufriendo todas las penalidades insuperables del servicio activo y de un sitio en un país, cuyo clima no podían soportar las tropas europeas recién llegadas. Las enfermedades habían hecho horribles estragos en sus filas, y si la ciudad hubiera podido sostenerse un mes más, todos los cuerpos europeos habrían quedado imposibilitados para el servicio militar; tanto así, que desde el comienzo de la campaña, la División de vanguardia, compuesta casi exclusivamente de americanos, había sido siempre empleada dondequiera que había peligro o un trabajo fuerte y penoso que los europeos no podían resistir. El General Morillo, a pesar de su actividad y de la confianza que le animaba, comprendió que la obstinación de los independientes tendría consecuencias alarmantes, y aunque al principio había resuelto no hacerles intimación alguna, y hasta lo había comunicado así a su Gobierno, tuvo que apartarse de su propósito, y dirigió al Gobernador una carta en que, evitando cuidadosamente proponerle condiciones de capitulación, le hablaba de la decantada clemencia del Soberano y le manifestaba la emoción que había experimentado a la vista de las víctimas del hambre que habían llegado a su campamento; diciéndole que:

“Había pensado omitir contestaciones con ese Gobierno, en vista del modo poco decoroso con que han sido tratados otros Jefes en escritos oficiales de él, y porque entendía que en estas disensiones de pura opinión no se llevarían las cosas hasta el ex-

tremo que lo han hecho los que dirigen la opinión pública en esa ciudad, los cuales luégo que se desengañasen de que el término infalible de esta contienda sería la rendición de la plaza, evitarían sacrificar sin fruto a los infelices habitantes, cediendo amigablemente, y desentendiéndose de lo pasado, seguros de la generosidad y clemencia del Soberano. Pero a vista de objetos tan tristes como se me han presentado en el considerable número de desgraciados que el hambre y las miserias han obligado a salir de esa ciudad, no ha podido menos que conmoverse mi ánimo. El rigor de la ley de la guerra me autoriza para ser inflexible en restituir aquellas personas a la plaza, y es muy obvio comprender lo fácil que me es el hacerla llevar a efecto; mas he prestado oído a los clamores de la humanidad, y me he resuelto a dar este paso en obsequio de esa población, por ver si se pone un fin a los males que la alligen. Las defensas de las plazas tienen su término, y ni aun entre los bárbaros se sacrifica ya inútilmente un pueblo entero. Estoy pronto, y siempre he estado dispuesto a seguir como regla inviolable de mi conducta las benignas intenciones del Rey nuestro Señor. Es, pues, el Gobierno de Cartagena en quien estriba ahora el resolverse o bien a recibir de nuevo a las familias que de ella han salido instadas de la necesidad, o a entregar la plaza dentro de tres días, confiados en que la clemencia del Monarca es la más acendrada, y mis deseos de llenar su real voluntad los más decididos. Depende de la contestación o del vencimiento del término mi ulterior conducta.”

Mientras el General español está entretenido intimando rendición a la guarnición de Cartagena, ésta, seguida de cerca de dos mil de sus habitantes

de ambos sexos, hacía sus preparativos para abandonar la plaza. Después de clavar los cañones del mejor modo que lo permitía la premura del tiempo y la ansiedad de la resolución tomada, desfilaron las tropas a lo largo de la playa, y tristes y silenciosas se embarcaron. La Popa fue el último punto que se abandonó.

Las desgracias de los bizarros y heroicos defensores de Cartagena, aún no habían tocado a su término. Los transportes que los conducían eran pequeños, incómodos y mal provistos, y tuvieron además que pasar por entre los fuegos cruzados de las baterías enemigas, y repeler los repetidos ataques de la flotilla realista. El convoy, que se componía de diez y seis velas, ancló en Bocachica la noche del 6 de diciembre a hacer aguada y a recoger la guarnición de los castillos, parte de la cual tuvo que quedar en tierra. Aquella noche los buques se hicieron a la mar, pero fuerte chubasco los dispersó:

*“Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent.
Diversa exilia, et desertas quærere terras”.*

¡Oh dolor! La mayor parte de aquella infeliz emigración pereció después de sufrir las más horribles privaciones. . . . Algunos murieron en la costa inhospitalaria del Darién, otros en alta mar; mientras que muchos, después de luchar victoriosamente con las olas, cayeron en poder de los realistas de Cartagena y Cuba para perder libertad y vida.

En la mañana del 6 supo Morillo la evacuación de la ciudad y las medidas tomadas por el Virrey Montalvo, que le había acompañado durante el sitio, para ocuparla con las tropas de vanguardia. Apresuróse a hacer su entrada ese mismo día. En su relación oficial al Ministro de Guerra pinta el estado

de la plaza en estos términos: «La ciudad presentaba el espectáculo más horribles, las calles estaban sembradas de cadáveres insepultos que infectaban el aire, y la mayor parte de los habitantes morían de hambre materialmente». Pudo haber añadido que el desaliento y el terror estaban tristemente impresos en aquellos semblantes y que la desesperación le impelia a arrojarle a los pies de los soldados, al desfilarse por las calles, para pedirles un mendrugo con qué aplacar el rigor del hambre. Dicho sea en justicia y para honra de los españoles, y lo hago con satisfacción y sinceridad, que no fueron vanas las súplicas; pues hasta los soldados rasos compartían sus raciones con aquellos infelices y los consolaban en su desgracia.

El general Morillo puso en práctica las medidas más humanitarias y eficaces para aliviar la suerte de aquella población hambreada, y se mostró solícito en atender a sus más urgentes necesidades. Es muy grato, en medio de los horrores de la guerra, poder registrar rasgos de esta naturaleza.

Muy distinta fue la conducta del bárbaro y brutal Morales. Herederos de la ferocidad de Boves, él y sus soldados se empaparon en la sangre de aquellos indefensos habitantes, que la suerte de la guerra había puesto en sus manos. Los infames verdugos olvidaron o despreciaron por completo los lazos sagrados que los unían con sus víctimas: nada les importaba que la sangre que derramaban fuese la misma que corría por sus propias venas y que la América fuese su patria común. (1)

(1) Los soldados de Morales eran casi todos americanos.

Viendo Morales la dirección que había tomado el convoy, se dirigió a Bocachica y ocupó los castillos, en donde halló tres oficiales y sesenta soldados que no habían podido embarcarse; todos ellos fueron bárbaramente asesinados en el acto, so pretexto de haber fusilado los independientes a dos españoles, antes de evacuar la fortaleza. Al día siguiente invitó a los desdichados vecinos del pueblo de Bocachica, que al aproximarse él habían huido a los bosques inmediatos, a volver a sus hogares y a sus habituales ocupaciones, ofreciéndoles toda suerte de garantías. Confiados en las promesas que les hizo y buscando el reposo y tranquilidad que tanto ansiaban, se presentaron al inhumano y perjuro Morales, quien mandó pasarlos a cuchillo. Más de trescientas víctimas se inmolaron en esta ocasión. (1)

.....

II

Después de haber dado el General Morillo todas sus disposiciones para reorganizar el Gobierno de Venezuela y defender el país durante la ausencia que meditaba, se trasladó a Puerto-cabello, donde tenía apostada su escuadra, los transportes y las tropas con que pensaba subyugar al Nuevo Reino de Granada. Antes de hacerse a la vela dirigió una proclama a los granadinos excitándoles a que volvieran a la obediencia del más deseado de los reyes, con lo que cesarían todos sus males. «Apresuráos,

(1) De las *Memorias* del General O'Leary. Tomo I de Narración. Véase más adelante la narración *El terror de los malvados*.

les decía, a arrojar de entre vosotros a los autores de vuestros males; a aquellos hombres que viven y se gozan de la desgracia universal. Desaprezcan estos miserables de la vista de unas tropas que no vienen a verter la sangre de sus hermanos, ni aún la de los malvados, si se puede evitar, como habéis visto en Margarita. Ellas protegerán al débil y se-pultarán a los sediciosos».

Dadas sus disposiciones, la escuadra zarpó de Puerto-cabello del 10 al 12 de julio. La expedición se componía de ocho mil quinientos hombres, embarcados en cincuenta y seis buques, algunos de guerra, y los demás transportes. La escuadra fondeó en el Cabo de la Vela, y desde allí envió a Morillo a saber noticias de Santamarta, y a prevenir que se hicieran los preparativos necesarios para el recibimiento de la expedición. Esta arribó felizmente a su destino el 22 de julio, e inmediatamente desembarcó para que las tropas se repusieran de las fatigas del viaje. Los soldados europeos fueron alojados, como de costumbre, con mayor comodidad, y los venezolanos se acamparon a las márgenes del río Manzanares, que corre en los lindes de la ciudad, y en la salina al pie del cerro Pelado: como dichas tropas estaban acostumbradas a los climas ardientes de la zona tórrida, podían soportar más fácilmente el desabrigo de un campamento.

Mientras que se preparaba lo necesario para la marcha sobre Cartagena, Morillo, con el fin de dar a los pueblos una alta idea de su Ejército, le pasó revista a Santamarta, y veces hizo ostentosas paradas. Los realistas de Santamarta, que tan decididos habían sido contra los independientes, estaban aquellos días llenos de orgullo y de júbilo con la brillante expedición pacificadora. A fin de mantener vivo su entusiasmo, el General Morillo repar-

tió varios premios a los realistas que más se habían distinguido. El valiente Tomás Pacheco recibió el despacho de Capitán vivo y efectivo de Ejército; al cacique de Mamatoco le puso él mismo en el pecho, a presencia de todo el Ejército, una medalla con el busto del Rey; en seguida arengó a las tropas manifestándoles que tendrían seguros sus ascensos y recompensas todos aquellos que se distinguieran haciendo servicios a la causa del Rey.

En el intermedio Morillo no perdía momento en prepararse a fin de abrir la campaña. Ayudado muy activamente por la población de la Provincia de Santamarta, que conservaba un profundo sentimiento contra la de Cartagena, por la encarnizada guerra que se habían hecho, de esta plaza. Hizo entonces que marchara por tierra la vanguardia de su Ejército, compuesta de tres mil quinientos hombres de tropas venezolanas, la mayor parte de pardos acostumbrados a sufrir el calor y la humedad de la Costa Firme, que hacen tantos estragos en los blancos, especialmente en los europeos, o en los que han nacido en los climas fríos y templados de los Andes. Mandaba aquellas tropas, formadas en la escuela de Boyes, el Brigadier don Francisco Tomás Morales, a quien Morillo dio el sobrenombre de *terror de los malvados*, es decir, de los inocentes americanos que se habían atrevido a reclamar los derechos concedidos al hombre por el Soberano Autor de la naturaleza, y que sostenían sus reclamaciones con valor.

A pesar de que hacía once días que Morillo estaba con su expedición en Santamarta, todavía el 1º de agosto anunciaba el Gobierno de Cartagena en uno de sus boletines, que solamente habían recibido

los realistas de la Provincia enemiga el auxilio de trescientos a cuatrocientos hombres. ¡Tan escasas e inexactas eran las noticias que se tenían de Santamarta! Empero bien pronto se disiparon las dudas por medio de la fragata inglesa de guerra *La Celosa*, que habiendo tocado en Santamarta llegó a Cartagena (agosto 4), e informó a su Gobierno del arribo de la escuadra de Morillo y de las tropas que había traído de desembarco. Entonces el Gobernador de la Provincia dirigió correos extraordinarios al de la Unión, al de Antioquia y a otros de la Confederación, pidiendo auxilios de hombres y dinero, aunque ya era tarde.

Morales, en su marcha sobre la plaza, atravesó el Magdalena por Sitionuevo con dirección a Sabanalarga (agosto 16). La columna republicana que estaba en aquella parte de la línea, era de setecientos hombres acampados en Santo Tomás, posición que se vieron obligados a abandonar al aproximarse las tropas enemigas tan superiores. Tanto esta columna como todas las demás partidas que existían en diferentes puntos de la Provincia, incluso los restos de las fuerzas del general Palacios, recibieron órdenes de replegarse a la plaza, conduciendo los ganados y todas las provisiones que les fuera posible. La de Santo Tomás debía seguir por Usiacurí y Santa Catalina.

Luego que los pueblos supieron que se les abandonaba, no pensaron en otra cosa que en ocultarse en los bosques con sus familias e intereses, lo que dificultó sobremanera las marchas de las tropas por falta de bagajes y recursos, e impidió coleccionar algunos viveres. Dos divisiones enemigas, apoyadas por una fuerte reserva que desembarcó Morillo en Sabanilla, perseguían a los republicanos; así fue que en la Bayunca y en el Arenal estuvo aquella

columna en peligro de ser cortada y perdió algunos enfermos, entrando en la plaza el 20 de agosto protegida por una división de bongos (1). La de Palacios, compuesta de sólo trescientos cincuenta hombres, llegó después, a las once de la noche, llevando algunos ganados; con estos auxilios se aumentó el entusiasmo que los habitantes de la ciudad tenían por la defensa.

Cartagena, acaso la plaza más fuerte de la América del Sur, está situada en una península arenosa que, formando un paso estrecho al Suroeste, tiene comunicación con la parte llamada Tierrabomba, que se extiende hasta Bocachica. Está dividida en dos partes: la ciudad propiamente dicha, y el arrabal de Gethsemani, que contenía cerca de diez y ocho mil habitantes. La ciudad está circunvalada por una gruesa y elevada muralla; Gethsemani forma un semicírculo, y se halla defendido al frente por otra muralla; por la parte del este de la plaza se une a ella dicho arrabal por medio de un puente de madera colocado sobre un foso; los dos lados del arrabal de Gethsemani están guarnecidos con estacas sobre caños cenagosos que unen sus muros a los de la ciudad. Al oriente de Gethsemani y a trescientas veintiuna toesas de distancia de la plaza, se halla colocado en una colina el fuerte, o castillo de San Lázaro, que domina con sus fuegos tanto el arrabal como a la ciudad; tiene de altura perpendicular cerca de veintiuna toesas, y está unido a otros varios montecillos que corren en dirección oriental, y terminan en el más elevado, que llaman de La

(1) Bongos son botes que calan muy poca agua, a los que se ha quitado la obra muerta y puesto un cañón en la proa.

Popa, de ochenta y cuatro toesas de altura, en cuya cima había un convento de Agustinos descalzos y una vigía: los fuegos de La Popa dominan el cerro de San Lázaro, distante cerca de mil varas, y protegen las inmediaciones de Cartagena. Al norte de La Popa yace la laguna de Tesca, de una legua de circunferencia, la cual se comunica con la bahía y con el foso de Cartagena por el caño de Juan Angola, y por el Norte con el mar, por el punto llamado Boquilla.

La bahía formada por la costa de Bocagrande, la de Bocachica, la isla de Barú y la costa de Pasacaballos, es de las mejores que se conocen; tiene dos leguas y media de Norte a Sur, bastante profundidad, buen anclaje y es muy tranquila; comunicase con el mar por Bocagrande, que cerró el gobierno español con gastos crecidos, de modo que por ella sólo podían entrar buques menores. Los castillos de San Fernando, San José y El Angel defienden a Bocachica, que es la entrada principal a la bahía. Esta tiene otra comunicación con el mar por el caño del Estero o Pasacaballos. El clima de Cartagena es cálido en extremo; llueve mucho, y a veces el vómito prieto hace grandes estragos en los forasteros.

Así que el Gobierno y los Jefes militares de Cartagena recibieron los pequeños auxilios que antes mencionámos, no se descuidaron en poner la plaza en el mejor estado de defensa que les fue posible. En las murallas de Santo Domingo y Santa Catalina se montaron sesenta y seis cañones, se abrieron fosos y se fortificó y coronó de gruesa artillería el cerro de La Popa.

El general Castillo, de acuerdo con el Gobernador, publicó la ley marcial, sujetando a todo hom-

bre a la autoridad militar; ordenó a los pueblos, bajo de pena capital, que al acercarse el enemigo abandonaran sus habitaciones, retirándose a los bosques, y que hostilizaran a los españoles por cuantos medios estuvieran a su alcance. Si los habitantes de las poblaciones exteriores hubieran estado tan decididos por su independencia como los de la plaza, tal medida pudiera haber producido efectos saludables; pero de nada sirvió con pueblos cansados de la guerra y que deseaban ya el antiguo reposo de la esclavitud, a cuyas cadenas estaban acostumbrados.

Se creó también una comisión militar, se enviaron emisarios a las Antillas y a los Estados Unidos para adquirir víveres, otorgando a los introductores franquicias suficientes para incitarlos. Con el aislamiento general que se hizo de todos los hombres capaces de tomar las armas en Cartagena, desde diez y seis hasta cincuenta años, se reunieron tres mil seiscientos; de ellos poco más de mil trescientos eran de línea, que se distribuyeron en los puntos principales, sujetándolos a Oficiales y Jefes de conocido valor en inteligencia.

Por haber renunciado Palacios, el General Bermúdez, que se había escapado de Margarita, se encargó de los restos de aquella División; diéronsele cuatrocientos hombres para que defendiera el cerro de La Popa; en el de San Felipe o San Lázaro mandaba el coronel granadino Luis Rieux con quinientos; encargóse a Campomanes (1) la defensa de la

(1) El coronel español Andrés Cortés Campomanes, después de hacerse conocer en las guerras de Inglaterra y Rusia, llegó a Venezuela y se unió a la revolución de 1810. Compañero de Bolívar, después de la campaña de Valencia, pisó tierra

muralla y puerta de Santa Catalina, de la de Santo Domingo al Teniente coronel Narváez, (1) y a Herrera de la parte de la muralla que mira a la bahía. En los castillos de Bocachica se pusieron doscientos hombres de guarnición, fuera de los vecinos del pueblo que también se agregaron a dichas fortalezas. El caño de Pasacaballos debía defenderse por bongos armados en guerra; las fuerzas sutiles se aumentaron en la Boquilla, en la laguna de Tesca (2) y en la ba-

cartagenera, en 1812. A la cabeza de una columna de patriotas pacificó las sabanas de Corozal y batió al mayor Antonio Robustillo en Mancomoján y Ovejas. Hizo la campaña del Sur con Nariño; se separó de este Jefe por injusta guerra que se le hizo. Regresó a Cartagena y sucedió en el mando a Miguel Carabaño. Estuvo en el sitio de 1815, y cuando emigró, volvió a unirse a Bolívar en Venezuela para continuar luchando en Alacrán, Quebradahonda, San Félix y otras más.

(1) El general Juan Salvador Narváez nació en Cartagena en 1790. Diputado al Congreso del Reino (1811), hizo después las campañas de Santamarta (1812) y Venezuela (1813) al lado de Bolívar. En 1815 defendió los muros del baluarte de Santo Domingo, y fue de los que opinaron que la plaza no debía entregarse a los españoles. Durante el viaje a Jamaica, perdió la menor de sus hijas. A su regreso al país (1820) fue preso en Santamarta y condenado a muerte; libróle de este suplicio el oficial que debía ejecutarle, dejándolo fugar. Hizo las campañas de Ríohacha y Valledupar (1821 a 1823). Después de la independencia siguió a Europa, donde se relacionó con el general Lafayette. El señor Amadeo Bourdón—dice uno de sus biógrafos—le regaló la espada que Napoleón llevó en Wágram. A su regreso al país fue Gobernador de Cartagena y más tarde Jefe de Estado Mayor General de Cundinamarca. Murió en la capital el 16 de abril de 1827.

(2) En la defensa de Tesca mandaba un bongo de guerra el cartagenero Adriano Roa, quien desde los acontecimientos del 4 de febrero de 1810 se decidió por la causa de la libertad, combatiendo contra la insurrección del regimiento *Pi-jo*, de la que salió herido. Combatió, después de haber curado las heridas que recibiera, en la campaña del Magdalena (Peñón, las Puntillas y Ciénaga de Santamarta). Emigró el 6 de diciembre de 1815.

hía. Bocagrande estaba defendida por un buque de porte bien asegurado y tripulado.

El Brigadier Eslaba tenía el mando de la escuadrilla, cuyo buque mayor era la corbeta *Dardo*, que de nada sirvió; componíase además de siete goletas y balandras, correspondientes la mayor parte a corsarios, de algunos bongos y lanchas cañoneras. Bajo las órdenes de Eslaba regía una División el Teniente de navío Luis Aury; Castillo ejercía la Comandancia general de armas, y el coronel Mariano Montilla era Mayor general.

Entre las providencias que se dictaron para quitar al enemigo los recursos y comodidades que pudiera hallar en Turbaco, fue una mandar quemar esta hermosa población. Los vecinos se opusieron al incendio de sus casas, y mataron al Teniente de caballería Pastor con parte del piquete que conducía; fue preciso que el capitán Martín llevara un refuerzo para completar aquella obra de destrucción. Ningún otro lugar fue arruinado por el fuego de los patriotas. El célebre García Toledo quemó espontáneamente sus haciendas de Guayepo y Barragán, para que no sirvieran a los enemigos de su patria. En la ciudad de Cartagena, sus moradores ofrecieron cuanto poseían, con el fin de que se pagaran y animaran las tropas. Las mujeres se desprendieron de sus joyas y hasta se echó mano de la plata de las iglesias presentada voluntariamente por las distintas comunidades religiosas.

Sin embargo, Castillo no tuvo en aquellos momentos críticos bastante vigor para tomar la única medida que acaso hubiera salvado la plaza, la de arrojar fuera de ella a todas las personas inútiles para el servicio de las armas. Por una compasión extemporánea, o más bien por el temor de una conmoción interna que habrían hecho los padres, deudos

y parientes de las personas que se hubieran querido espeler, dejó que se encerraran dentro de las murallas, no sólo sus primitivos habitantes, sino también muchas familias comprometidas que vinieron de los campos a refugiarse en Cartagena. El consumo de vituallas debía ser rápido y muy grande.

Cuando Morillo consideró que estaría próxima a Cartagena la División de vanguardia, embarcó el 14 de agosto las tropas españolas y algunas milicias de Santamarta a bordo de su Escuadra, y se hizo a la vela para aquella plaza. Le acompañaban su segundo el Brigadier de la marina real don Pascual Enrile, el Capitán general don Francisco Montalvo, y los dos inquisidores de Cartagena don José Odérix y don Prudencio Castro, los que llevaba acaso para alucinar a los pueblos fanáticos, persuadiéndoles que con la Inquisición iba a restablecer la santa religión de Jesucristo. Acompañábale igualmente el doctor don José Domingo Duarte, bien conocido en Santafé, donde estudió y fue catedrático: este venía con el destino de Intendente de Ejército, y dirigió desde las costas de Cartagena una larga proclama a los granadinos, excitándoles a que recibieran de paz a las tropas de Morillo, y a que se reunieran de nuevo a la Monarquía española reconociendo a Fernando VII; en cuyo caso les aseguraba que habría un perdón y olvido de lo pasado. Morillo también se dirigió a los pueblos de la Provincia de Cartagena desde la playa de Sabanilla, haciéndoles iguales ofrecimientos en caso de recibir a su Ejército como vasallos fieles del Rey: «pero si os hacéis sordos, añadía, a lo que os digo, si os atrevéis a volver vuestras armas contra las de S. M., vuestro país será en breve un vasto desierto.»

Después de dar estos pasos, Morillo se presentó el 18 de agosto a la vista de Cartagena, y en los

dos días siguientes desembarcó a barlovento en el puerto de Arroyohondo, cerca de Puntacanoa, sin oposición ni impedimento alguno. Hecho el desembarco, quedó establecido por tierra el bloqueo, fijando primeramente el Jefe español su Cuartel general en el Palenquillo, y después en la hacienda de Torrecilla, a cuatro leguas de la plaza, teniendo consigo su Estado Mayor y la Reserva (agosto 20).

Ocho días después de haber arribado Morillo delante de Cartagena con más de cinco mil hombres de tropas europeas, llegó por tierra la división de Morales: éste había desplegado su bárbara fiereza con todos los pueblos que se opusieron a su marcha, especialmente con el desgraciado pueblo de Malambo, que tuvo la osadía de resistir a sus fuerzas superiores, y que pagó bien caro su atrevimiento. Al presentarse Morales en Pasacaballos, tomó por sorpresa una lancha y dos bongos armados. Por el mismo tiempo la Escuadra española se apostó, una parte al frente de Bocachica, y la otra en Puntacanoa, impidiendo así que la plaza recibiese provisiones por mar, operación que se completó el 26 de agosto.

Todo el circuito de la bahía fue ocupado por la División de vanguardia, y Morales estableció sus estancias en la hacienda de Mamonal. El se empeñó en formar una batería en Pasacaballos, a fin de apoyar sus operaciones; pero la división marítima de Cartagena, posesionada de la boca interior del Estero, se lo impidió cuantas veces quizo realizar su empresa. En la isla de Bahú y pueblo de Santaná, puntos de que se apoderó inmediatamente, puso fuertes destacamentos con el propósito de adelantar sus operaciones contra el Estero: muy importante era a los sitiadores enseñorearse de esta posición para conducir los víveres necesarios a toda el ala izquierda de sus pue-

tos, al mismo tiempo que las enseadas que allí hay le servirían para carenar las embarcaciones de mar, y poner en estado de abrir operaciones a sus fuerzas sutiles, que tripularían con los moradores de Barú y de Santana.

El centro y la derecha de la línea española estaban guarnecidos por la reserva apostada en el cuartel general de Torrecilla y por destacamentos o columnas volantes colocados en Ternera, la Bayunea, Santa Rosa, Arenal y Barragán. En este último puesto existía una fuerte columna compuesta de zapadores, de las compañías ligeras del ejército expedicionario y de un piquete de húsares de Fernando VII; servía éste para hacer reconocimientos, escoltar las vituallas y los enfermos que desembarcaban por Puntacana y Guayepo. Morillo colocó sus hospitales a la espalda de su línea, en Turbaco, donde hizo fabricar chozas y barracas, en Sabanalarga y Arjona; con estas disposiciones se impidieron del todo las avenidas de la plaza por tierra, quedando Cartagena rigurosamente bloqueada. Morillo, que conocía su fortaleza, no intentaba asaltarla, sino rendirla por hambre.

El bloqueo se estrechó sin que hubieran salido para lo interior ningunos fusiles de los que se habían recibido de Europa, y que hubo tiempo de enviar por el río Atrato, a lo menos en parte. Tampoco había llegado a la plaza el dinero que desde julio remitió el Gobierno general. El comisionado Teniente coronel Feliciano Otero no aceleró sus marchas como debía, falta que pagó bien caramente. Así privó a los sitiados del numerario que tanto necesitaban para comprar víveres en las Antillas. El gobierno de la Provincia tenía comisionados en diferentes puntos; pero sin crédito y sin dinero muy pocos auxilios podían remitir. Estas dos circunstancias

desgraciadas influyeron eficazmente en que la Nueva Granada perdiera su independencia y libertad.

En los mismos días en que el general se hizo a la vela desde Santamarta, salió el Brigadier don Pedro Ruiz de Porras con una División de mil hombres a situarse en Mompós, con el encargo de obrar en el alto Magdalena y sobre las Sabanas del Corozal. Debía ponerse en comunicación con la quinta División expedicionaria, que, según las órdenes anteriores de Morillo, ocuparía los valles de Cúcuta y la ciudad de Ocaña, partiendo desde Barinas: allí la organizaba el coronel don Sebastián de la Calzada en número de dos mil hombres.

Inmediatamente que Porras llegó a su destino, hizo marchar al capitán de húsares de Fernando VII, don Vicente Sánchez Lima, con dirección a las Sabanas, llevando ciento cincuenta infantes y cincuenta húsares. Del Cuartel general de Torrecilla salieron también los tenientes coroneles Arce y Machado y el capitán don Julián Bayer, con el fin de ocupar a Tolú, el Zapote y toda la costa de Sotavento, de donde podían remitirse algunas provisiones a Cartagena.

Bayer encontró en Chimá una columna republicana de quinientos hombres que mandaban los jefes Martín Amador (1) y Pantaleón Ribón, que iban

(1) El Coronel Martín Amador, natural de Cartagena, tomó parte activísima en el acta del 11 de noviembre que la declaró libre e independiente de la corona de España. Hizo la campaña contra los realistas de Santamarta, hallándose, dice Urueta, en el sangriento combate de la Ciénaga, de la que salió vencedor. En desempeño de comisión importante, fue tomado prisionero y conducido a la ciudad donde se le siguió consejo de guerra. La biografía de este mártir está relatada extensamente en la obra *Los Mártires*, de José P. Urueta, a la que remitimos al lector.

custodiando el dinero que el Gobierno de la Unión había remitido para socorrer a Cartagena. Atacóla el 20 de septiembre, y con fuerzas menores consiguió dispersar a los independientes, causándoles una pérdida considerable.

Los jefes principales y algunos otros pudieron escaparse con los intereses que conducían por el río Sinú arriba, dirigiéndose a penetrar en el Chocó, pero a los tres días fueron aprehendidos en Montería por la columna de Sánchez Lima, que dispersó, mató e hizo prisioneros a los fugitivos. Allí pereció el teniente coronel Otero, junto con los capitanes Jugo, Madrid y otros de menor graduación; quedaron prisioneros Ribón (1), Amador y diez y seis oficiales más con algunos soldados, todos los que fueron conducidos presos al Cuartel general.

Lo más importante fue el haberse apoderado de ochenta mil pesos en oro y alhajas que tanto deseaban los españoles. Los oficiales y soldados aprehensores sustrajeron una parte; mas averiguado el fraude, todos los intereses se recuperaron para la caja militar de Morillo. Una presa tan fácil e importante aumentó la codicia, las esperanzas y el

(1) El Coronel Pantaleón Germán Ribón era natural de Mompós, fue de los que abrazaron con fe la causa de la independencia. Combatió con buen éxito en la acción de su ciudad natal el 19 de abril de 1812, y como premio al valor desplegado entonces, recibió el nombramiento de Comandante de armas. Estuvo en los combates de Tenerife, Banco, Ocaña (1814) y Magangué (1815). «Esperto y valeroso defensor del sitio de la plaza de Cartagena en 1815, alcanzó renombre entre tantos esforzados patriotas; razón poderosa, unida a sus anteriores hechos, para valerle el enojo de Morillo, quien le confiscó los bienes por valor de más de \$ 30.000 y lo colocó en la gloriosa lista de los mártires de la libertad.»

valor de las tropas que se llamaban *pacificadoras* o *expedicionarias*: desde entonces anhelaban por nuevos combates para enriquecerse con el botín.

La empresa que habían acometido iba apareciendo de fácil terminación. Los pueblos, cansados de las discordias civiles, recibían a los españoles con regocijo y repiques de campanas: estos quedaron, pues, en breve en pacífica posesión de toda la Provincia de Cartagena, menos la capital; ellos tenían provisiones abundantes, caballos y todos los demás recursos necesarios para continuar el asedio de la plaza. Los lugares ocupados juraron nuevamente al Rey, sólo estaban por los independientes Maja-gual y Nechí, sobre el río Cauca.

La Provincia de Antioquia había guarnecido a Nechí, que era de su territorio, con cien fusileros, alguna artillería y barquetas armadas, porque domina la desembocadura del Nechí en el Cauca; aquel río conduce a Zaragoza, uno de los caminos por donde se puede penetrar en las montañas de Antioquia. La guarnición de Nechí hizo algunas correrías en el bajo Cauca, y el enemigo resolvió destruirla. En consecuencia Sánchez Lima reunió sus fuerzas; y subiendo el Cauca con la mayor prontitud, sorprendió al pueblo de Nechí el 20 de octubre antes de amanecer; dispersó la guarnición con poca resistencia, y la mayor parte cayó prisionera. El Comandante venezolano Pedro Villapol y Morillo, que principió entonces esa carrera de sangre en que había de asemejarse a los monstruos que en el siglo XVI desolaron a la América. Contestando al parte en que Lima le dijo los prisioneros que había hecho, le prevenía: «que en lo venidero hiciera muy pocos al fin de la acción, aparentando benignidad, porque muchos prisioneros le serían embarazados.»

Una de las ventajas que Morillo consiguiera cuando sus tropas ocuparon el fuerte del Zapote, fue hacer prisionero al ciudadano José María Portocarrero, (1) comerciante de Santafé, conductor de pliegos del Gobierno de Cartagena para el de la Unión. Su contenido era de la mayor importancia a los realistas, pues el General Castillo en oficio de 7 de septiembre hacía al Secretario del Gobierno supremo la pintura más triste del estado de la plaza. Decía que a pesar de los grandes sacrificios del Gobierno y de los particulares, ya no había recursos con qué pagar las tropas; que en cuanto a víveres, era peor su situación, porque no existía depósito alguno, ni menos almacenes generales; no se hallaba un grano de maíz, ni había en la ciudad más que quinientas reses, de suerte que, aun contando con los pocos caballos, mulas, burros y perros, apenas podían prometerse el tener vituallas por cuarenta días.

Aunque se hubieran enviado algunos buques ligeros a las Antillas a buscar provisiones, como no había crédito, ni dinero, y como por otra parte se corría gran riesgo en penetrar por medio de la es-

(3) José María Portocarrero y Lozano era natural de Santafé, en donde nació en 1783. Descendiente de distinguidísima familia, se decidió por la causa de la independencia desde 1810, «haciéndose notar por su caluroso patriotismo en todas las Juntas que tenían los patriotas con el propósito de animar el sentimiento de independencia y arbitrar recursos para la lucha contra los opresores de la Patria. En una de esas reuniones se le exigió por el Gobierno de Cundinamarca que, una vez que iba al extranjero a traer artículos de comercio, pusiera los fondos y comprara armas para el servicio de los ejércitos. Convino en ello sin vacilación, y la ciudad de Cartagena sabe muy bien que cumplió su encargo con todo patriotismo, poniendo en manos del Gobierno de dicha Provincia 2.000 fusiles y pertrechos correspondientes.»

cuadra española, que bloqueaba rigurosamente el puerto en todas direcciones, bloqueo reconocido ya por el Almirante de Jamaica, era muy difícil recibir socorros. Decía, en fin, que el número de tropas de línea disponible no pasaba de mil hombres, y las fuerzas sutiles eran muy inferiores a las de los españoles.

Morillo publicó inmediatamente un cuadro tan melancólico para los patriotas, terminando el boletín con una proclama a los americanos, cuyo fin era persuadirles que sus gobernantes los engañaban. Castillo, en los boletines publicados por su Mayor general cuando principiara el bloqueo, había asegurado, para inspirar confianza al pueblo, que tenía ocho mil hombres y víveres para un año. Estas noticias divulgadas en las Provincias del interior inspiraron una seguridad mal fundada de que no se perdería Cartagena, y dieron ansa al Jefe español para censurar con justicia a los patriotas.

Al mismo tiempo que Morillo hacía tales publicaciones, procuraba esparcir entre los independientes varias proclamas que desde su cuartel general de Torrecilla dirigió en 22, 23 y 24 de septiembre, ya a los habitantes de la Nueva Granada, ya a los venezolanos que habían seguido a Bolívar, ya en fin a los franceses que se hallaban dentro de la plaza. En todos estos documentos se esforzaba Morillo en persuadir a los independientes que se sometieran de nuevo al suave yugo de Fernando VII; les encomiaba su clemencia; les daba seguridades para lo futuro, y les manifestaba finalmente la situación política de la Europa, donde los Reyes, después de la caída de Napoleón y del restablecimiento de los Borbones de Francia, se habían ligado para ahogar la hidra de las revoluciones. Exhortaba finalmente a los que se hallaban dentro de la plaza a que abandonaran las banderas de la rebelión y la entregaran a su legítimo

Soberano. Empero, ni las amenazas, ni las promesas lisonjeras del jefe español fueron capaces de vencer la incontestable firmeza de los patriotas defensores de Cartagena.

A pesar de las fundadas esperanzas que el oficio interceptado de Castillo hacía concebir a Morillo de un triunfo casi segura, la escuadra padecía mucho por el largo crucero y por los recios vientos, de tal suerte que la fragata *Ifigenia*, de cuarenta y cuatro, se vio precisada a buscar un anclaje al abrigo de la isla de Barú. Los sitiados determinaron abordarla en circunstancias de que los otros buques enemigos, fondeados a barlovento, a distancia de tres leguas y media, no la podrían favorecer en las calmas periódicas de la mañana. El general Castillo dispuso que se embarcasen cuatrocientos hombres escogidos y parte de su Estado mayor a bordo de las embarcaciones que se habían calculado necesarias para la empresa, mandados por el teniente de navío Aury. Este, que era de un partido contrario a Castillo, suscitó dificultades para el ataque de la fragata, y contraviniendo a las órdenes que había recibido, hizo un desembarco en la isla de Barú sobre Santana, con el pretexto de apoderarse de aquel punto y apoyar el abordaje de la *Ifigenia*.

Hecho el desembarco en desorden y sin precauciones (septiembre 25), se encaminó la infantería hacia el pueblo de Santana con parte de las tripulaciones de los buques: cuando menos lo esperaban los republicanos, fueron atacados por un cuerpo de realistas dirigido por el teniente coronel de ingenieros don Juan Camacho: con este empuje se dispersó la columna independiente, que perdió veinticinco muertos, treinta y cinco heridos y ciento treinta fusiles; reembarcándose los demás con mucha precipitación. Así abortó el primitivo plan, pues los ofi-

ciales extranjeros que mandaban los buques corsarios promovieron competencias y desobedecieron las órdenes de Castillo, quien tuvo que regresarse a la plaza.

Al paso que se atacaba la isla de Barú, se resolvió en la ciudad que el capitán Sanarrusia partiera hacia Sotavento con un bongo y algunas canoas armadas, en solicitud de víveres y con la mira de adquirir noticias. Esta corta expedición consiguió burlarse de la vigilancia de las tropas españolas que guarnecían a Pasacaballos. Evacuada su comisión, Sanarrusia volvía con algunas vituallas; pero los realistas, que estaban preparados, le obstruyeron el caño del Estero, y le pusieron emboscadas, de tal suerte que no pudo seguir adelante ni retroceder. Después de combatir valerosamente, Sanarrusia se mató de un pistoletazo por no caer en manos de sus enemigos; el capitán Martín, que le acompañaba, murió peleando, y cogieron los realistas un bongo de guerra, cinco canoas armadas, un bote y ochenta hombres.

Hacia algunos días que una facción trabajaba sordamente en Cartagena por deponer a Castillo; a su frente se hallaban los oficiales venezolanos, altamente indignados por los acontecimientos de la última guerra civil: le atribuían, acaso con razón, poca actividad y energía en las operaciones militares, y sólo aguardaban algunos sucesos desgraciados, como los de Santana y del Estero. Castillo, que maliciaba aquellas tramas, convocó una Junta de los jefes militares más notables para acordar las medidas necesarias de defensa, y si no hallaba cooperación, renunciar la comandancia general; mas sus enemigos impidieron uno y otro.

El gobierno civil de la plaza, que había tenido varias competencias con Castillo, le era también contrario, y se preparaba a separarle del mando, achacándole apatía en la defensa. Los enemigos de Castillo deseaban que la deposición fuese ruidosa, y resolvieron hacerla por medio de una revolución. Ganada por el general Bermúdez la tropa que mandaba en el cerro de La Popa, se introdujeron en la plaza con diferentes pretextos muchos soldados que permanecieron ocultos. El teniente de navío Aury, asociado con los oficiales y las tripulaciones de los corsarios, fue el primero que levantó el grito a las seis de la mañana del 17 de octubre; uniósele Bermúdez con su tropa, a quien se proclamó jefe de la plaza.

Un piquete, dirigido a la posada de Castillo mató al teniente Juan Céspedes, que pretendía defender la entrada; fue saqueada la casa e insultada la mujer del General, previniéndose a éste que guardara prisión. El mismo día se reunió una junta en la casa del Gobernador Amador, compuesta de los habitantes más notables de la ciudad, para decidir a quién se daría el mando de las armas. A pesar de que por las leyes vigentes el nombramiento pertenecía al Gobernador, la Junta se declaró por Bermúdez, al que los autores de la revolución, que permanecían armados en la cercanía de la casa, habían destinado para jefe militar.

Castillo pidió pasaporte para seguir a un país extranjero, y concedido por el gobierno, sus enemigos tuvieron la crueldad de oponerse, insultándole, saqueándole algunos efectos de su equipaje, y compeliéndole a regresar a su alojamiento el mismo día en que iba a embarcarse en un buque americano. En él salieron el brigadier español Hore y su familia, al que Morillo se denegó a canjear; el gobierno

de Cartagena le permitió irse a Jamaica, después de comprometerse, según dicen los historiadores realistas, a satisfacer una letra de ocho mil pesos, que garantizó el comandante de un buque inglés.

El nuevo Jefe de las armas, Bermúdez, luego que se hizo cargo del mando, dictó fuertes providencias para investigar el paradero de algunos viveres que se decía estar ocultos. Los comisionados nada más pudieron conseguir, después de un escrutinio riguroso, que recoger las reliquias de los acopios que habían hecho particulares, y cometer algunos excesos dolorosos contra estos mismos.

Habían corrido ya dos tercios del mes de octubre, y era muy triste la situación de los habitantes de Cartagena: sólo tres pequeñas goletas cargadas de carne y harina y dos buques corsarios con pocas vituallas habían podido burlar la vigilancia de los cruceros enemigos, y aliviado algún tanto la miseria de la plaza. Hubo la desgracia de que se perdieron por un recio temporal tres buques menores que salieron de Kingston cargados de provisiones remitidas por los comisionados del Gobierno. Sin embargo de una rigurosa economía, el hambre hacía ya estragos espantosos: había comenzado la peste, sobre todo en los viejos y niños.

Gran parte de la población se alimentaba con carne de caballos, burros, perros, gatos y hasta con ratones. A pesar de tanta miseria ninguno hablaba de rendirse a los españoles, y todos sufrían con mucho valor y resignación las mayores privaciones. Tenían siempre viva la esperanza de que llegarían vituallas de un momento a otro, o de que un fuerte cuerpo de tropas venidas de lo interior atacara a Morillo por la espalda y rompiera su línea.

Esperanzas tan lisonjeras estaban fundadas en razones y probabilidades bien plausibles.

Dejamos a los desgraciados habitantes de Cartagena sufriendo los estragos del hambre, de la miseria y de las enfermedades después de dos meses de un bloqueo riguroso. Queriendo Morillo, según decía, vencer la obstinación de los sitiados, cuya situación conocía muy bien, hizo bombardear la plaza repetidas veces desde el 25 de octubre. Destruir varias casas y matar algunas mujeres y niños descuidados e inocentes, fueron las únicas ventajas que obtuvo de aquella medida ruinosa. En el momento que principiaba el bombardeo, los habitantes de la ciudad que no estaban sobre las armas se refugiaban en las bóvedas de Santa Catalina, bajo cuyos techos protectores evitaban toda desgracia.

En tan críticos momentos, el Gobernador de Cartagena reunió extraordinariamente la Legislatura de la Provincia. Después de manifestar en un discurso que pronunciara el verdadero estado de los negocios, propuso que para salvar a los pueblos de los horrores con que los amenazaba un enemigo cruel e irritado, se pusiese la Provincia bajo la protección y dirección del Rey de la Gran Bretaña. Determinóse consultar a los principales Jefes militares reunidos en Junta de Guerra.

Considerándose en ella la absoluta falta de provisiones, la poca probabilidad que había de recibirlas por mar o por tierra, y la imposibilidad de desalojar de sus posiciones a un enemigo tan superior, se determinó autorizar al Gobernador, como en efecto se le autorizó, «para adoptar cuantas medidas juzgase convenientes a la salvación de la ciudad, exceptuando la de capitular con los españoles o volver a su dominación».

Se nombraron en consecuencia los doctores Ignacio Cavero y Enrique Rodríguez de comisionados, para que siguieran a Jamaica y propusiesen a su Gobernador el Duque de Manchester, que tomase posesión de la ciudad y Provincia de Cartagena a nombre de S. M. B. Aquel Jefe se denegó a dar tal paso porque carecía de instrucciones de su Gobierno para una operación tan delicada, de que podían resultar vastas consecuencias.

Sin embargo de las ventajas obtenidas hasta entonces por Morillo, tampoco era buena la situación del Ejército real. La disenteria y las fiebres habían cundido en sus tropas; diariamente morían muchos soldados, y los hospitales establecidos en Turbaco, Arjona y Sabanalarga contenían más de tres mil seiscientos enfermos: la estación de las lluvias era muy nociva, y la Escuadra se había deteriorado por la frecuencia de los temporales que reinan sobre nuestras costas en los meses de agosto, septiembre y octubre. Sin los socorros abundantes de harina y de otros varios artículos que los sitiadores recibieron de las islas de Cuba y Jamaica, suministrados los últimos por la casa de Bogles y Scot, o conque hubiera existido algún cuerpo de tropas que incomodara su espalda, la empresa de Morillo contra Cartagena no habría sido coronada con buen suceso.

El Jefe español, para dominar las cercanías de la plaza y poder introducir la artillería y los demás elementos necesarios para estrechar el asedio, había proyectado forzar la Boquilla y apoderarse de la laguna de Tesca: pero el Capitán de fragata Rafael Tono (1), con su división de bongos se opuso vigorosa-

(1) Del meritísimo general Rafael Tono, cartagenero, dicen lo siguiente los señores Scarpetta y Vergara: «Perteneciente a una familia distinguida, cooperó al movimiento revolucio-

mente a dos ataques que por el mar dieron los realistas sobre aquel punto, que había cerrado con estacadas. El enemigo conoció la dificultad de su empresa, decidiéndose por esto a variar su plan de operaciones hacia Sotavento. Morales había reunido en el Estero las fuerzas sutiles de cañoneras que trajo la Escuadra española, tripulándolas en Barú, y otros buques armados venidos del Magdalena y de Santamarta; con esta escuadrilla consiguió forzar la boca interior del Estero e introducirse en la bahía. Tal desgracia provino de haberse debilitado la División republicana que sostenía aquella importante posición, sacando buques para otra empresa que se meditaba contra algunas embarcaciones de la Escuadra sitiadora, y de no haberse echado a pique en la boca interior del Estero un bergantín que se había destinado para este propósito.

nario de 1811 en la ciudad Heroica e hizo la campaña del Magdalena en ese año, al mando de todas las fuerzas sutiles, y en ella estuvo en la acción de Guáimaro y en la forzada del paso del río, frente al cerro de San Antonio. Se halló en el bloqueo de Santamarta en septiembre de 1812, en el Zapote en noviembre y en la campaña de Sinamaica, Tolú y Sabanilla, en la goleta Momposina. En 1813 fue en expedición contra Santamarta y traslación, de la corbeta *Indagadora* de Santamarta a Cartagena. En 1814 mandaba en el Magdalena todas las fuerzas sutiles, y en 1815 hizo la campaña de la Ciénaga y la defensa de Cartagena; como jefe de la armada republicana, hasta la emigración el 5 de diciembre de este año, en que fue hecho prisionero hasta el 5 de septiembre de 1817 que se le puso en libertad.....Más tarde, en 1823, alcanzó la pacificación del Zulia, y se halló en los combates de la barra de Maracaibo como segundo jefe de la armada, castillo de Maracaibo, donde fue herido (16 de junio), Mojan (29) y toma de Maracaibo (31 de julio de 1823). Fue condecorado con el escudo del Zulia, estrella de libertadores de Venezuela y busto del Libertador. Murió el 31 de diciembre de 1854.

En estas circunstancias, y considerando Morillo que ya se había disminuído considerablemente el número de los defensores de Cartagena, determinó estrechar más el asedio. Con este designio preparó un ataque simultáneo contra el cerro de La Popa y sobre Tierrabomba, punto que suministraba algunos comestibles a la plaza y que la mantenía en posesión de la pesca de la bahía. Para hostilizarlo, determinó construir una batería en el lugar denominado Cocosolo, apoyada por seis bongos armados.

Al mismo tiempo cuatro barcas debían estar prontas en el Tejadillo para acudir en caso necesario a donde lo exigiese la necesidad. Ochocientos hombres fueron destinados al ataque de La Popa, regidos por el coronel Villavicencio. A las dos de la mañana del once de noviembre se pusieron en movimiento, y el capitán don José Maortúa mandaba la columna que debía escalar los parapetos. Ya estaba debajo de ellos cuando fue descubierta; y un fuego horroroso de los republicanos, así de La Popa como del castillo de San Felipe, se hizo a los españoles, que después de haber répelido varios ataques se pusieron en precipitada fuga, hasta incorporarse con la reserva de caballería mandada por Villavicencio.

Quedaron tendidos en el campo Maortúa, dos oficiales más y treinta soldados; fueron heridos veinticinco, y perdieron cincuenta fusiles y ocho escalas. El teniente coronel Carlos Soublette mandaba en La Popa y sólo tenía ciento treinta soldados disponibles; distinguiéronse el Teniente coronel Stuard y el mayor Piñango: mas era tal la miseria de Cartagena, que en recompensa de esta acción gloriosa pudo sólo darse a aquellos valientes una corta gratificación en plata, veinte cueros para comer y dos pipas de vino.

El ataque de Tierrabomba se hizo bajo las órdenes inmediatas de Morales con los seis bongos y tres barcas de guerra; empero hallaron muy bien preparadas las fuerzas sutiles y las goletas de guerra que los independientes mantenían en la bahía: después de un obstinado combate en que murió el capitán Tomás Pacheco, que había causado tantos daños a la libertad de su patria, los buques del Rey tuvieron para su defensa que acoderarse en el caño del Oro, sin que los republicanos pudieran abordarlos.

Al día siguiente (noviembre 13) continuó el fuego, pero sin resultado alguno; y al tercero, reforzados los españoles con otras seis barcas y algunos botes propios para el abordaje, los independientes no pudieron resistir: levando anclas se retiraron a lo interior de la bahía, en cuyo acto les causó algunos daños la batería de Cocosolc. El enemigo estableció inmediatamente otra batería en Tierrabomba, cuyos fuegos se cruzaban con los de la primera: así obstruyeron la entrada y la salida de cualquiera embarcación, aislando también los castillos de Bocachica, que no podían ya comunicarse con la plaza.

Perdida Tierrabomba, intentó Morales tomar por asalto el castillo del Angel, uno de los de Bocachica, donde mandaba el Teniente Coronel Sata, y fue rechazado con pérdida considerable; pero los españoles consiguieron dominar con sus fuerzas sutiles casi toda la bahía: perdieron así los sitiados el escaso auxilio de la pesca, junto con las raíces y verduras que sacaban de aquellos terrenos.

Las desgracias de los infelices habitantes de Cartagena llegaron entonces a su colmo: el barril de harina, mientras la hubo, se vendió hasta ciento cincuenta pesos, las gallinas diez y seis, y

Los huevos a cuatro pesos cada uno. Ya se habían comido todos los caballos, mulos, burros, perros, gatos y cueros que había en la plaza, lo mismo que cuantas yerbas podían haber a las manos por insalubres que fueran. Sólo cinco pequeños barcos habían podido entrar con algunas provisiones después de cerrado el bloqueo, pues hasta los vientos les fueron contrarios; auxilio demasiado escaso para una población numerosa.

El hambre y su compañera inseparable la peste se llevaban diariamente al sepulcro gran número de personas, y por todas partes no se veía otra cosa que hombres pálidos, mujeres extenuadas y seres espirantes. Muchas veces, al recorrer las guardias, los Oficiales encontraban los centinelas que habían espirado en su puesto. El terror estaba pintado sobre todos los semblantes. La cuchilla y la venganza españolas les hacían temer por su existencia, si caían en poder de Morillo, y no se presentaba la menor vislumbre de recibir algún socorro que los libertara del hambre destructora. Sin embargo, la esperanza de recibir víveres de las colonias extranjeras en bergantín-goleta que se había dejado ver y desaparecido de nuevo prolongó la defensa por algunos días más.

Desde que principió el bloqueo el Gobierno había requerido por un bando a las personas incapaces de llevar las armas, a fin de que saliesen de la plaza: este medio ningún efecto produjo, pues todos temieron ponerse a discreción de los españoles. En los últimos días de noviembre se repitió el mismo bando, y eran ya tan espantosos los efectos del hambre, que sobre dos mil personas se resignaron a salir de las murallas, encaminándose por diferentes vías al campo realista. ¡Qué triste espectáculo fue ver a la madre abandonar a su marido por seguir a

sus débiles o tiernos hijos, y al anciano moribundo marchar desfallecido a morir acaso en los bosques! Más de las dos terceras partes de aquella emigración perecieron en los alrededores de Cartagena, y pocos pudieron arribar a los puertos enemigos, donde no fueron mal tratados. Morillo manifestó al Gobierno de la plaza que conforme a las leyes de la guerra, podía obligar a todas aquellas personas a que tornaran a la ciudad; aunque no lo hizo, compadecido de su miseria.

El 4 de diciembre llegó a trescientas el número de personas que murieron de hambre en las calles. Todas las guarniciones de los castillos y baluartes se habían disminuido en extremo; en los hospitales se hallaban literalmente amontonados los hombres semivivos, sin más esperanza que la muerte, pues cada familia se hallaba reducida a igual estado. Sin embargo, a pesar de tamañas desgracias no desmayaba la constancia de los sitiados, que preferían morir antes que rendirse a Morillo.

A la vista de un cuadro tan lamentable, el Gobierno de la plaza que había recaído en el Teniente Gobernador Elías López, a consecuencia de haberse enfermado Amador, determinó, después de consultar a una Junta de Jefes militares y vecinos notables, evacuar la plaza al día siguiente (diciembre 5), y embarcarse con dirección a Jamaica o a los Cayos de San Luis. Algunos buques, entre estos la fragata *Dardo*, con todas las armas que tenía a bordo, habían conseguido burlarse de la vigilancia de los cruceros enemigos y al salir del puerto, lo que daba esperanzas de un éxito feliz.

El Gobierno había comunicado de antemano órdenes terminantes al Comandante de la escuadrilla Aury, a fin de que pusiera en los buques el agua

suficiente, y para que diese noticia exacta del número de personas que podía caber en cada uno de ellos; también habían escogido algunos ciudadanos respetables de los menos comprometidos con el Gobierno español a quienes dio el encargo de conservar el orden, y que, si era posible procurasen que tuvieran efecto las proposiciones que el general Morillo había pasado al gobierno de la plaza, a la mitad de noviembre, en que ofrecía respetar a los que se sometieran a la dominación española. Comunicada la orden para que estuvieran prontos los que se debían embarcar, se reunieron las reliquias miserables de Cartagena; se hallaban tan disminuidos, que de quinientos hombres que al principio del bloqueo tenía el castillo de San Lázaro, sólo existían treinta y siete, y así en los demás puntos.

Al anochecer del 5 de diciembre se principió la evacuación en un silencio y orden admirables. La escena no podía ser más patética, ni inspirar sentimientos más profundos de dolor. El padre, el esposo y el hermano dejaban en el lecho de la muerte a los objetos más queridos, y se iban a entregar sin víveres y con pequeñas fuerzas a una muerte casi segura, alejándose acaso para siempre de su país natal por huir de la tiranía española. Al mismo tiempo veían frustrados todos sus esfuerzos, perdiendo los sacrificios de seis años y las esperanzas que habían concebido de obtener la independencia y libertad de su patria.

A pesar del estado lamentable en que se hallaba casi toda la población de Cartagena, una gran parte de los que se pudieron levantar de sus lechos concurrieron a embarcarse. Claváronse los cañones de las murallas, de La Popa y de San Lázaro, y a la mañana del siguiente día los buques habían reci-

bido a su bordo la emigración, compuesta de más de dos mil personas de todos sexos y edades.

La escuadrilla, que sólo constaba de trece embarcaciones, las siete goletas mal armadas y el resto mercantes, era incapaz de acomodar a tantas personas; además, se hallaba desprovista de aguada por la ineptitud o desobediencia del Comandante Aury, quien no cumplió las órdenes del Gobierno. A las tres y media de la tarde se hizo a la vela, y Aury abandonó en la bahía una porción de soldados, dejándoles sin más arbitrio que caer en manos de Morales para recibir una muerte cierta, como efectivamente sucedió.

Los realistas, que observaban atentamente los movimientos de los buques republicanos, habían establecido cuatro baterías, dos en cada lado de la bahía con piezas de grueso calibre que cruzaban sus fuegos; fuera de esto, veintidós lanchas y bombardeiras con cañones de igual calibre se formaron en el canal de la bahía para impedir la salida. Empero animada la emigración por muy fuertes sentimientos y conduciendo a sus mujeres, a sus hijos y a todo lo más precioso que tenía, resolvióse a vencer o morir.

Así continuaron los patriotas su rumbo, rechazando a las fuerzas sutiles enemigas, que pretendían abordar algunos buques, de cuyo intento desistieron viendo la resolución con que se les atacaba, hasta obligarlas a refugiarse bajo los fuegos de sus baterías. Fueron éstas flanqueadas igualmente, aunque con varios daños de las embarcaciones y algunos emigrados muertos o heridos. A las cinco y media de la tarde arribó la Escuadrilla independiente a Bocachica; el resto del día y parte de la noche se ocupó en poner a bordo los víveres que existían en

el castillo de San Fernando, que su Comandante Ducoudray no había querido partir con la plaza, en clavar la artillería, en embarcar las municiones y en esperar que los vecinos del pueblo de Bocachica fueran a dejar a sus familias ocultas en los bosques de la costa, y volvieran después a seguir con resignación la suerte de sus compatriotas. (1)

A media noche, habiendo refrescado el viento, la escuadrilla se hizo a la vela sin orden ni concierto alguno, pues el Comandante Aury no fijó un plan de señales para qué se reconocieran los buques. Así atravesó por enmedio de la Escuadra española, mucha parte de la cual se había reunido ya a barlovento de las islas del Rosario. Entre las tres y cuatro de la mañana arreció un temporal que hizo tomar a cada buque diferente rumbo, según las circunstancias de su marcha y el estado de su aparejo; sólo tres quedaron reunidos con la goleta *Constitución*, en que iban el Estado Mayor General y algunos Magistrados principales de Cartagena.

En la misma noche que se embarcó la emigración, y cuando aún se hallaba en la bahía cerca de Bocachica, un bergantín-goleta americano ancló frente a la playa de Santo Domingo, y era el mismo que se había observado en los días anteriores con direc-

(1) El General Castillo intentó emigrar de la plaza al tiempo de evacuarla; pero se le aseguró que le quitarían la vida sus enemigos en cualquier buque en que pretendiera embarcarse, por lo que se vió compelido a quedarse oculto con su mujer en el convento de Carmelitas, con el designio de ver si podía escapar después. Esto, y el no haberle permitido salir antes, cuando quiso ejecutarlo, será un borrón eterno para los que tuvieron parte en acciones tan bajas. Sus ruidosas e injustas desavenencias con Bolívar y los venezolanos le perdieron. (*Nota del mismo historiador*).

ción hacia la plaza. El Teniente-Coronel Guerrero, que estaba de servicio en aquel punto y que no había querido seguir la suerte de la emigración, le hizo la señal convenida y lo engañó, a fin de que se colocase bajo los fuegos del baluarte. Al siguiente día por la mañana (diciembre 6), este bergantín, que conducía mil barriles de harina y otras provisiones, se vió atacado por la artillería de las murallas y por algunas embarcaciones enemigas, de modo que sin embargo de haber ocurrido a su defensa algunos emigrados que desembarcaron por la playa que se extiende hacia Bocagrande, fue imposible salvarlo.

Si arriba un día antes, se hubiera prolongado la defensa, y el General español se habría visto acaso en la necesidad de levantar el bloqueo, según lo llegó a pensar. La Escuadra ya no podía permanecer por más tiempo a sus cruceros, y el Ejército se hallaba casi todo en los hospitales, o había muerto; en el asedio perdió Morillo cerca de tres mil quinientos hombres. Así fué que cuando entraron las tropas españolas en Cartagena, había pocos soldados buenos.

El teniente coronel español don Antonio Galluzo, que estaba prisionero en la plaza, y el de grado igual don Pedro Guillín al servicio de la República, partieron hacia el cuartel general de Torrecilla, enviados la misma noche del cinco por el Mariscal de campo don Domingo Esquiaqui, quien había tomado el mando, a participar a Morillo, la evacuación de la plaza. El general en jefe estaba en Cospique, y por su ausencia Montalvo envió inmediatamente al brigadier Cano con el regimiento de León para ocupar la ciudad; lo que se verificó el 6 de diciembre, a los ciento ocho días de haberse principiado el asedio en 20 de agosto.

A pesar de la bárbara fiereza que por doquiera desplegaron los españoles en la guerra contra sus antiguas colonias de América, Morillo y sus compañeros suspendieron por algunos días su innata crueldad para con los infelices habitantes de Cartagena. Cadáveres en las casas y en las calles, mujeres y hombres moribundos o esqueletos ambulantes, fue la población que hallaron en la plaza. Esta parecía un vasto cementerio de aire corrompido y pestilente. Durante el asedio perdió Cartagena por el hambre y las enfermedades más de seis mil personas, o la tercera parte de su población. En los primeros días y luégo que se restableció la abundancia de vituallas, creció el número de los muertos por los excesos que se cometen en tales circunstancias, que no pueden resistir los cuerpos débiles.

Aun los duros corazones de Morillo y de Montalvo, para quienes los insurgentes no merecían compasión alguna, parece que no pudieron menos de ablandarse al ver la desolación de Cartagena. En los partes oficiales que dieron a la Corte de Madrid sobre su toma, al paso que infunden horror con sus pormenores, nos inspiran sentimientos de admiración hacia aquellos hombres magnánimos que hicieron por conservar su independencia y libertad cuanto les era posible en su crítica situación. Morillo confiesa que en todo el tiempo que estuvo acampado cerca de Cartagena, no pudo hacer la menor impresión, ni en sus puestos avanzados, ni en las murallas de la plaza, y que había sido rechazado en los ataques intentados, sacrificando sus mejores tropas.

Al siguiente día después de la ocupación de Cartagena, el brigadier Morales fue destinado a tomar posesión de los castillos de Bocachica, según lo verificó. Hizo luégo publicar un bando ofreciendo seguridad y amnistía a todos los vecinos del pueblo

de Bocachica; confiado en sus promesas, se le presentaron hombres sexagenarios, mujeres y niños, pescadores infelices que ninguna parte podían haber tenido en las ocurrencias políticas. Mandólos degollar en la ribera del mar, ese bárbaro azote de la humanidad, hasta el número de cuatrocientas personas, incluyendo cuatro oficiales patriotas que se habían quedado ocultos, uno de ellos el mayor Lea.

Morales, durante el bloqueo, había hecho incendiar también y destruir los edificios del Hospital de San Lázaro, construido en el caño del Oro sobre la bahía, pereciendo muchas personas de las que allí vivían. Ni los elefanciacos atacados de una enfermedad que inspira tanta compasión pudieron escapar del furor de Morales, sediento de sangre humana. Fue voz común que en el silencio de la noche sacrificó después otras muchas víctimas en Cartagena, en su cuartel del convento de la Merced: allí las ponían en cepos, y sus soldados, que hacían de verdugos, las mataban a palos, o hincándoles clavos en la cabeza. Sin embargo, este hombre feroz fue premiado por Morillo y favorecido por el gobierno de Madrid.

Un descuido de los independientes al emigrar puso a Morillo en posesión del sistema de señales que usaban en la plaza; así, dejando enarbolado el pabellón tricolor, y sus buques de guerra en las mismas posiciones que ocupaban durante el asedio, engañó a las embarcaciones que conducían víveres y otros auxilios a los patriotas. Diez bergantines y goletas con más de siete mil barriles de harina, carnes y otras provisiones cayeron sucesivamente en el lazo, y tuvieron que rendirse bajo el cañón de las murallas.

Morillo trató duramente tanto a los extranjeros que pudo atrapar con este ardid, como a los que ha-

llara en la ciudad; conducta que llamó la atención del Presidente de los Estados Unidos y del Gobernador de Jamaica, quienes reclamaron enérgicamente en favor de los súbditos de sus respectivos países. Morillo mal de su grado hubo de ponerlos en libertad. También consiguió desclavar la artillería, porque hicieron mal la operación aquellos a quienes el gobierno republicano la encargó antes de la evacuación. Así fue que muy pronto el vencedor tuvo la plaza en estado completo de defensa; y a pesar de que su población era un esqueleto, sacó de ella más de cien mil pesos de contribución forzosa y vestuarios para el ejército, apoderándose de los almacenes de mercancías de propiedad particular.

Morillo al mismo tiempo formó un Tribunal militar con el título de *permanente de guerra*, compuesto de oficiales, que eran por lo común españoles europeos, para que juzgara a los que hubieran tenido parte en la revolución. No tardaremos en ver los terribles efectos y los asesinatos jurídicos de institución tan horrible, que unida a la Inquisición restablecida inmediatamente, era también calculada para satisfacer la saña del Pacificador, para destruir hasta el germen de las luces en la Nueva Granada, y para cubrir de sangre, de lágrimas y de luto a todas sus Provincias.

Encontró Morillo en Cartagena trescientos sesenta y seis cañones de diferentes calibres con sus municiones correspondientes, más de nueve mil bombas de siete a catorce pulgadas, tres mil ochocientos ochenta y ocho fusiles, cien carabinas, seiscientos ochenta sables, algunas pistolas y lanzas, tres mil cuatrocientos cuarenta quintales de pólvora en barriles, cuatro mil setecientos veintisiete cartuchos

de cañón de varios calibres, ciento treinta y cinco mil ochocientos de fusil y doscientas mil piedras de chispa. Hé aquí el fin desgraciado que tuvieron el armamento, la pólvora y municiones que no se quisieron dar a Bolívar para defender la República, como habría sucedido probablemente. Cartagena no se salvó, y las armas y pertrechos que encerraban sus murallas, sirvieron al vencedor para remachar las cadenas de la Nueva Granada. Viose entonces más claramente la enormidad del crimen de lesa-patria que habían cometido los que no quisieron entregar al Libertador las armas y municiones que había prevenido el Gobierno general. Con este auxilio habría tomado a Santamarta y Ríoacha, en cuyo caso otro hubiera sido el éxito del blòqueo de Cartagena.

Los habitantes de esta ciudad, que habían abandonado su patria huyendo del furor español, dispersos por la tempestad, sufrían mientras tanto a bordo males de todas clases: hacinados doscientos o trescientos en cada uno de aquellos buques pequeños y en clima tan ardiente como el de los trópicos, sujetos a mil peligros y miserias, unos a causa de los elementos, y la mayor parte a la ignorancia, al capricho y mala fe de los capitanes de los barcos, que eran extranjeros y casi todos corsarios, que trataban de sacar provecho de las víctimas sometidas a su albedrío; moribundos, sin agua, sin vituallas y expuestos a los furores del océano, muchos perecieron por las palizas que les hacían dar los capitanes cuando pedían algún socorro con qué refrigerar la sed o apaciguar el hambre.

Un falucho en que iba el Teniente Coronel Stuard cayó en poder de los españoles sobre las islas del Rosario. La goleta *Estrella* y otros buques recalaron a las costas del Darién, y se encontraron

allí con los dos hermanos Miguel y Fernando Carabaño (1), que iban a Cartagena en el corsario *Federico*, deseosos de contribuir a su defensa; cuando supieron estos la triste nueva de la evacuación de la ciudad, determinaron penetrar por el río Atrato al Chocó en la lancha cañonera *Concepción*, reunidos a doscientos emigrados que se trasbordaron de diferentes buques. Tuvieron la desgracia de que se varó la cañonera en las bocas del Atrato; muchos de los emigrados perecieron, y pocos días después cincuenta fueron apresados por los españoles. Otro buque americano con emigración sufrió la misma suerte en la confluencia del río Caimito, sobre la costa de Veraguas por el corsario español *La Flecha*. Por estos apresamientos cayeron en las garras de sus fieros enemigos los

(1) Fernando y Miguel Carabaño, coroneles, eran venezolanos. Unidos a Bolívar desde el 5 de diciembre de 1810, combatieron en San Esteban, el 4 de julio de 1812, que se perdió por la traición de Francisco Fernández Vinoni. Bolívar y los Carabaños huyeron en un buque; pero a Vinoni lo cogieron prisionero en Bogotá (7 de agosto de 1819) y lo hicieron fusilar. Dieron los Carabaños muestras de valor a toda prueba en los combates del Magdalena. Uno de los dos, Fernando, reemplazó a Labatut en la pacificación de Santamarta. Más tarde hicieron la campaña de Mérida y Trujillo, y después de una serie de triunfos en diferentes campos de batalla (Mucuchies, Bogotá, etc.) llegaron a Santamarta, en 1815. "En los arreglos sin efectos, de entrega de armas y de la defensa de Cartagena contra Morillo, que no aceptaron los mandarios de esta ciudad, se embarcaron con el Libertador por el caño de Basurto, en la goleta *La Descubierta*. Regresaron a poco, pero habiendo encallado en las bocas del río Atrato, cayeron en manos de los realistas. La cabeza de Miguel, una vez pasado por las armas, fue puesta en una jaula a la vista del público, para escarmiento de los patriotas; y a Fernando se le ahorcó en Mompós, se le despedazó y se pusieron en escarpia sus miembros.